

## NOTICIAS DE LIBROS

JUAN VELASCO ALVARADO: *La revolución peruana*. Editorial Universitaria. Buenos Aires, 1973, 243 pp.

Desde que en 1968 se inició en el Perú el movimiento revolucionario de las Fuerzas Armadas, que entonces tomaron el poder, se ha venido considerando como un hecho objetivamente indiscutible el de que dicho movimiento ha constituido, a lo largo de su trayectoria, uno de los sectores de experiencias y realizaciones más profundos y representativos de toda Hispanoamérica. Tanto por la orientación práctica de la revolución militar como por el sentido de las principales reformas realizadas, el conocimiento del hecho nacional e internacional peruano entre 1968 y 1973 es, sin duda, indispensable dentro del conjunto de las mayores y mejores experiencias realizadas en los países hispanos de ultramar en su presente y más inmediato futuro.

Sabido es que el general Juan Velasco Alvarado, principal impulsor y protagonista del experimento peruano castrense y nacionalista, ha procurado darle un firme contenido, apoyado en la más amplia plataforma popular. Ha actuado sobre un país en el cual las masas más numerosas de la población (sobre todo los campesinos indios y mestizos) se habían visto casi siempre marginados. Ese sentido de máxima extensión espacial y popular de las mejoras económico-sociales fue deparando desde sus principios una sucesión de sor-

presas esperanzadoras en otros países de América central y meridional, donde las condiciones vitales de sus fondos humanos eran semejantes a las peruanas.

De este modo ha podido notarse y comentarse con justeza que los resultados de la experiencia del Perú no valen sólo por sus aspectos internos y localistas, sino por un sentido positivo en la política internacional del conjunto de Hispanoamérica.

Los panegiristas de la revolución peruana han venido siendo más numerosos que sus detractores. Subrayan que no fue exactamente un golpe militar, a pesar de que en el ejército estuviesen los autores inmediatos. Fue el comienzo de una revolución nacionalista, que inició una etapa completamente nueva en la vida republicana del Perú gracias a su deseo y empeño de «vivir una sociedad nueva, distinta y justiciera». Con un sentido hondo que surge de la entraña misma de la tierra y de sus hombres. Con el deseo de fundir a pueblo y Gobierno, pueblo y Fuerza Armada. Con el doble programa de romper el poder de un sistema oligárquico de traza colonial y de recuperar la total soberanía frente a presiones extranjeras.

El impulso inicial y el advenimiento de la sacudida renovadora peruana se iniciaron de golpe en vista de la urgencia

de los problemas planteados, los cuales aceleraban su gravedad por la inercia y la corrupción. Así, la revolución aplicó en el acto sus realizaciones más radicales, y sólo posteriormente se fueron explicando los objetivos y los programas. Tarea que vino corriendo hasta el tiempo más reciente a cargo del propio presidente Velasco Alvarado. Esto destaca el interés del libro (editado en la Argentina), donde se recogen varios de sus discursos y mensajes a la nación.

En la transformación completa del conjunto de la nación, el Estado y el pueblo peruanos, destacó desde el primer momento la Ley de la Reforma Agraria, que fue puesta en vigor desde el 24 de junio de 1969. El general Velasco Alvarado, en su alocución explicativa de dicha reforma (iniciada en el llamado «Día del Indio» o día del campesino), dijo que la referida Ley beneficia a la nación entera, por poner fin a un injusto ordenamiento social, que mantenía «en la pobreza y la iniquidad» a millones y millones de ciudadanos rurales, que gastaban sus esfuerzos y sus vidas sobre unas tierras siempre ajenas.

Junto a la Ley agraria, otra de las mayores realizaciones del régimen presidido por Velasco Alvarado ha sido la

nacionalización del petróleo peruano, con lo cual en suelo de un país hispánico se inició el proceso de recuperación de pueblos en trance de desarrollo, que sólo muchos años después se ha podido aplicar en otros sitios mundiales, como los del Cercano Oriente.

Volviendo al libro que contiene una antología de textos políticos del adalid de las reformas del Perú, hay que citar también los capítulos referentes a las grandes realizaciones colectivas; el carácter autónomo de la revolución peruana; la doble repulsa de los sistemas de poder de las superpotencias; las empresas económicas de participación plena; la banca y el remodelamiento total de la base económica; el papel de la universidad, etc.

En total, todos los puntos del programa del movimiento nacionalista peruano, definido y dirigido por Velasco Alvarado, se han resumido como «empeño de crear un hombre nuevo, exento de individualismo». Empeño que podrá o no haberse logrado, que podrá o no ser más o menos efectivo, pero que de todos modos ha señalado y señala una experiencia de carácter ejemplar continental.

R. G. B.

C. M. CIPOLLA, J. H. ELLIOT, V. VILAR, etc.: *La decadencia económica de los imperios*. Alianza Editorial. Madrid, 1973, 224 pp.

En la política internacional del Próximo Oriente, uno de los fenómenos actuales más característicos viene siendo el del desnivel entre los sucesos acuciantes de última hora y los fondos permanentes de las realidades locales que proceden de la continuidad histórica. En aquel Oriente, desde las dos guerras mundiales, se viene notando un vacío respecto al orden y al

poder regionales. Desde antes de Alejandro Magno, y después con poderes como los de Roma, Bizancio y los jefatos del Islam, entre las costas del Mediterráneo oriental y el semicontinente indostano, casi siempre actuó una especie de «autoridad central» efectivamente reconocida. Desde el comienzo de la Edad Moderna lo fue el Imperio turco otomano, con su cabecera en Es-

tambul (Constantinopla). Durante todo el siglo XIX hubo la famosa «Cuestión de Oriente», que consistía en los esfuerzos hechos por las grandes potencias de dicho siglo, primero para desmembrar y después para destruir al referido Imperio turco. Pero cuando después del año 1918 el sultanato de Estambul fue suprimido totalmente, su desaparición comenzó a notarse como un desastre.

El mayor error de conceptos sobre el Imperio-jalifato de los sultanes turcos fue haberlo considerado sólo como supremo poder islámico internacional hacia el lado Este de Europa; lo mismo que el Imperio de los Habsburgo como supremo poder político cristiano en los lados Centro y Oeste. A última hora el Imperio de Estambul quedó reducido a ser un paralelo regional del Imperio de Austria-Hungría. Ambos incluían pueblos de diversos orígenes nacionales, raciales y religiosos. Actuaron como antagonistas, cuando realmente eran en parte complementarios. Y sus ruinas simultáneas produjeron desequilibrios iguales en enormes sectores geográficos.

Respecto al Próximo Oriente, es hoy evidente que gran parte de las causas de la inestabilidad internacional actual se debe a que los herederos parciales del poder turco son una multiplicidad de Estados y Estadillos mal distribuidos, confusos en sus fronteras y sin un eje. Algunos fenómenos, como la formación de Israel, la imprecisión del arabismo, la desacralización social, la demagogia verbal, etc., no se habrían producido si el poder otomano hubiese subsistido de un modo modernizado. Por eso es hoy absolutamente indispensable el estudio de lo que fue y cómo funcionó, si se quiere llegar al fondo de la dinámica internacional de las regiones que ahora se ha dado en agrupar bajo el mote anglosajón de «Middle East».

El libro británico de C. M. Cipolla, J. H. Elliot y otros autores, en su versión y traducción española, proporciona uno de los mejores textos, breves y claros, sobre el otomanismo del pasado como introducción a los problemas del presente. Es un texto incluido entre otros que se refieren a los Imperios de España, Italia, Holanda, etcétera.

La Turquía de los sultanes está tratada por el profesor Bernard Lewis. En su exposición, uno de los aspectos fundamentales es el del estudio del papel que dentro de aquel imperio desempeñaron los factores europeos tanto por los núcleos enormes de gentes balcánicas incluidas en las provincias otomanas como por el gran número de aventureros y de expertos procedentes de los países más occidentales. Bernard Lewis opina que los grandes avances técnicos de lo militar, lo diplomático, lo administrativo, etc., en el siglo XVIII fueron para el Imperio otomano tarde e ineficazmente consecuencias de la disminución de afluencia de dichos aventureros hacia Turquía. Lo cual sucedía al mismo tiempo que el Egeo y el mar Rojo (entonces mares turcos) dejaban de ser el centro del tráfico mundial, que se había mudado al Indico, al Atlántico y al Pacífico.

En todo caso, el Imperio otomano fue casi hasta el actual siglo XX el único Estado del Cercano Oriente que poseyó una continuidad de territorios, de organización, población y recursos geográficos y económicos para sostener un Estado centralizado y fuertemente definido. Su supresión total fue el comienzo de las contradicciones que han llevado a sectores de problemas de hoy, como los de las guerras arabo-israelíes de 1957, 1967 y 1973, con las injerencias anexas de las mayores potencias mundiales.

R. G. B.

FERNANDO DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos (Los españoles en la guerra europea)*. DOPESA. Barcelona, 1973, 367 pp. (Col. «Imágenes Históricas de Hoy», 3).

Bien dice el autor que en la I Guerra Mundial, es decir, la «guerra europea» o la «gran guerra», lo neutral de España fue la España-Estado, no la España-nación. «Visto desde nuestra perspectiva de hoy, la España del tiempo se nos aparece como una corrida de toros, en la que la mitad del público enfervorizado aplaude a un diestro, haga lo que haga, e insulta a su rival, mientras la otra multitud corresponde haciendo exactamente lo contrario.» Suele conocerse la frase de Alfonso XIII durante el trance: «En España sólo la canalla y yo somos francófilos» (que plumas pacatas, normalmente monárquicas de nacimiento, suelen trastrocar lo de «canalla» por «pueblo»). Por conocidas circunstancias, la España neutral del segundo conflicto mundial, Estado y nación, tuvo que comportarse unidimensionalmente; pero, según Augusto Assía, no necesariamente habría que plasmar los escritos en un solo color.

La obra consta de trece capítulos, con caricaturas de la época y los consabidos manifiestos. A pesar de que la exuberancia de material es el mayor problema confrontado por F. Díaz-Plaja, éste ha sabido, como nos tiene ya bien acostumbrados, dosificar y absorber lo más penetrante de un panorama de una cincuentena de meses. Se ha limitado a mostrarnos los españoles que dejaron constancia por escrito de sus actitudes. En realidad, si la masa de intelectuales era francófila y germanófoba (el rey y sus súbditos de abajo no estaban tan solos), algún que otro también estaba afincado en sentido contrario, además de los intelectuales claramente derechistas. El caso de don Pío Baroja, lo más anticarca que ha dado el país, era germanófilo pre-

cisamente porque creía que en Alemania había el antídoto de muchos microbios imprevistos. En esta ocasión el hombre de las paradojas no fue Unamuno. La ironía de la Historia lo daría para ambos 1936.

Los contorsionismos son de verdadero circo. ¿Cómo casar la democrática Francia con la autocrática y retrógrada Rusia, su aliada? Fácilmente. Todo lo que de bueno tiene el alma rusa procede del pueblo; todo lo de perverso, del contagio germano, importado a nivel de élites generaciones atrás. Cuando en 1917 USA acude en socorro de los aliados, la cosa se hace menos peliaguda para los germanófilos: a Gibraltar se le une el *Maine*. Pero para hacer la argumentación más sólida, cita uno de ellos a un venezolano, que no identifica: «Soy republicano por origen y convicción; amo a Francia con fuego; pero antes de que los yanquis triunfen, se alcen como árbitros del mundo y manejen el universo, prefiero la victoria de Alemania, a la que detesto.»

Es un libro vivo, encendido, que hace revivir con vigor las pasiones de una época. No es necesario acudir a la tetrarquía apocalíptica del superfrancófilo Blasco Ibáñez. Las patadas se dan en directo. Por ejemplo, Luis Antón de Olmet se refiere a un hombre jovencísimo: «Usted es maurista reaccionario por odio al pecado de los liberales. Y usted es germanófilo por odio a Francia... Usted, señor Calvo Sotelo, es un alma juvenil que se hizo maurista y germanófilo por un espejismo. Usted no puede cometer la horrenda culpa de atrasar a España y ponerle un dique, descuajarla de su posición geográfica, de su naturaleza étnica, ni puede echarla en

## NOTICIAS DE LIBROS

manos de Loyola, huyendo de Lerroux.» «... que no es mala frase», anota por su cuenta el autor. Con razón podía decir Julio Camba que era mucho más fácil descalabrar a los alemanes en el campo de batalla que a sus defensores germanófilos de España en los cafés o redacciones de los periódicos. Uno de ellos, después de las catastróficas ofensivas del verano de 1918 por parte germana, comentaba que si en la ofensiva Alemania había estado tan formidable, ¡qué no sería ahora, a la defensiva, con su retaguardia tan bien pre-

parada y todo eso! Lo escribía en un gran periódico de Madrid.

Ese libro, hecho a golpe de citas, fruto de amplia y curiosa investigación, adolece de un pecado imperdonable: no llevar un índice onomástico. A falta de ello, podía-se, cuando menos, diseccionar los capítulos con el repertorio de sus numerosos epígrafes. Ante estas carencias, el lector tendrá que leerlo más compactamente... En definitiva, es un favor que, sin posiblemente quererlo, se le hace.

T. M. V.

ERHARD EPPLER: *Hay poco tiempo para el Tercer Mundo*. Aguilar. Madrid, 1973, 176 pp. (Biblioteca de Iniciación Política).

Cuando topo con un libro sobre el Tercer Mundo (y no digamos con un título como el que aquí se reseña) comienzo a temblar. Lo normal es que sea insulso, embotador, unidimensional, sermonístico, estadísticamente horripilante y casi nunca consecvente. En éste ocurre exactamente lo contrario. Diríase que lo único que juega en su contra es su fácil título y un par o así de términos que el traductor no ha sabido plasmar adecuadamente en español: «Infraempleo», en lugar de *subempleo*, y «relaciones comerciales» (¿de *Terms of Trade!*; ¿no traduce del alemán?), en vez de *relación real de intercambio* o, como algunos dicen, *términos de intercambio*. Mas lo cierto, y es lo que importa, nos hallamos ante un libro refrescante, desmitificador, desembotador, equilibrado y denunciador en todas direcciones. Y esta vez no viene de origen francés o angloamericano, lo que no deja de ser milagroso.

Por Tercer Mundo hay que entender países subdesarrollados o en desarrollo. Consta la densa obra de seis capítulos,

en los que se abarca lo más sustancioso de lo económico y sociológico (con ausencia de lo político), que obstaculiza el desarrollo de la mayoría de la humanidad. El libro fue escrito y publicado en 1971. En este sentido chocará un poco, leyéndolos dos años después, ver las posibilidades del rauda encarecimiento de las materias primas; pero el autor ya hacía afirmaciones consistentes al respecto en lo referente al petróleo. También habría que interrogarse si el encarecimiento del petróleo no va a afectar por igual al resto del Tercer Mundo, y sobre todo, si se provocara una recesión en 1974, no habría hundimiento del precio de las materias primas.

Eppler no se anda con monsergas revolucionarias para el Tercer Mundo: «A la inquietante pregunta de si no podrán derivarse de ello cambios revolucionarios de estructuras, yo respondería: Posiblemente ni siquiera eso, sino la disolución de todas las estructuras tradicionales, una amorfa acumulación de miseria y criminalidad.»

Tampoco se anda con paños calientes

respecto a la explosión demográfica, como algunos *progres* (en coincidencia con tantos «ultras») pretenden. «No hay tiempo para esperar que un incremento del bienestar general, muy lento (...), reduzca el coeficiente de natalidad.» Sobre la educación, está con Iván Illich: «Para las naciones pobres, la obligación escolar es un monumento de una inferioridad que ellas mismas se imponen.» Tecnológicamente, nos recuerda que las autopistas de Hitler se construyeron todavía con palas y carretillas. Los países pobres tienen que apurar sus recursos de mano de obra antes que emplearse en capital intensivo. Es, en definitiva, lo que hacen los chinos. No que hay que producir en masa, sino producir por la masa, que dijo Gandhi. Hay que ser realista en la planificación: «el que planea un equilibrado desarrollo social tiene que renunciar seguramente a trasplantes de corazón, mientras los hombres no tengan siquiera vacuna contra la viruela».

En cuanto a la ayuda al desarrollo, pone

en su sitio a la opinión pública de los países que ayudan. Responde con el «Sí ..., pero», «donde el "pero" suena más convincente que el "sí"». No es bueno oponerse a la ayuda al desarrollo, pero tampoco lo es afirmarla demasiado». Por eso la comunicación entre *masa media* y lectores funciona como un círculo vicioso: en cuestiones de ayuda se sabe poco porque se informa poco, y se informa poco porque interesa poco. Por lo visto, opiniones públicas críticamente comprometidas y con conocimiento de causa sólo las hay en Suecia. A partir del comienzo del caos o parálisis económicos inaugurados a fines de 1973, me parece que hasta Suecia va a entrar en entredicho. Una bibliografía seleccionada, en su mayoría en alemán, así como docena y media de revistas y colecciones, no sólo en alemán, acompañan a este magnífico libro, al que no importa muchas veces nadar contra corriente.

T. M. V.

JERÓNIMO GONZALO RUBIO: *Política exterior de China Popular (1949-1973)*. Editora Nacional. Madrid, 1973, 357 pp. (Col. «Relaciones Internacionales»).

Se nos advierte de entrada que el libro resalta especialmente el aspecto documental de las relaciones exteriores de China Popular, y desde luego así es. El número de documentos reproducidos en todo o en parte es de 41, de los cuales la mitad proceden de las «Ediciones en Lenguas Extranjeras», de Pekín, cuya traducción se mantiene, y el resto es de traducción del autor (¿del chino?). Aun así quedan unas 150 páginas para los ocho capítulos y unas conclusiones con que el autor proyecta su propio saber, bibliográficamente apoyado, para revelarnos los entresijos de tal polí-

tica o, cuando menos, describirla. Desgraciadamente, no sólo no aparecen los entresijos (guerra de Corea, por ejemplo), sino que a veces ni se intuyen (guerra con la India en 1962). Sin embargo, lo que es definitivamente inexplicable es que ningún capítulo se dedica al largo conflicto indochino en sus diversas fases ni apenas se menciona donde cabría esperar dentro de algún otro. Y no se olvide que ha sido con Vietnam y a pesar de Vietnam, incluyendo sus momentos álgidos, donde ha empezado a operar la diplomacia triangular Washington-Moscú-Pekín. Igualmente brillan por su

ausencia las relaciones entre China y los países socialistas satélites o ex satélites de la URSS.

A nivel de documentos ocurre lo de siempre: ni son todos los que están ni están todos lo que son. Pero, hoy por hoy, la historia de la política exterior de China comunista es un ejemplo máximo de la perfecta insuficiencia documental para explicárnosla. Estamos ante el documento-fetiché. El documento a veces habla por sí mismo; otras veces, las más posiblemente, hay que interrogarlo; en ocasiones, su verdadero alcance es, en realidad, lo contrario de lo que idealmente parece decirnos; pero a veces su expresión directa es tan pedestramente expresiva que muchos creen que su verdadero significado consiste en extasiarse ante él. Este caso es lo que ocurre con el tan manido «¡Viva el triunfo de la guerra popular!» que el tan bien situado y prometedor ministro de Defensa chino, Lin Piao, publicó como artículo en

septiembre de 1965, es decir, a comienzos de la Revolución Cultural y en plena escalada vietnamita (y que el autor se limita a presentar en la documentación como una segunda edición, fechada en ¡1968!). La proclama parece incendiaria. Y, sin embargo, es una retirada preventiva china en toda regla. En realidad puede considerarse una anticipación de la «doctrina Nixon» de nada menos de un lustro.

El libro no aporta absolutamente nada nuevo al que esté medianamente impuesto en cuestiones extremorientales (y no digo chinas), y si bien no conseguirá que adelante demasiado el novato, tampoco lo confundirá. Esto es importante. Porque siempre es preferible un diletantismo no resabiado que ciertos profesionalismos (?) vergonzantes que pretenden sentar cátedra en esas cuestiones para mayor gloria de la enseñanza superior de nuestra sufrida Universidad.

T. M. V.

EDUARDO J. WHITE: *Empresas multinacionales latinoamericanas (La perspectiva del Derecho económico)*. Fondo de Cultura Económica. México, 1973, 183 pp.

Sobre empresas multinacionales se ha escrito lo indecible y para todos los gustos en los últimos años. Es un fenómeno lo suficiente escociente y espoleante como para hacerse notar, para infortunio de las empresas tales. Naturalmente, allí donde hay subdesarrollo ancestral y crónico, las multinacionales, lejos de levantar a los países, los sumergen más con su peso, y son ellas las que se erigen en medio de un mar de miseria y control. Cuando esto es cierto, lo cierto es que las multinacionales no pueden hacerlo (ni siquiera podrían introducirse) sin la colaboración y abierta complicidad, cuando no descarada alianza, de las clases dirigentes y poseedoras de

dichos países. Pero he aquí que las multinacionales están sobre todo presentes en los países ya superdesarrollados, a empezar por Europa occidental, y, sin embargo, tales países, lejos de sentirse satélites de alguien, se querellan no pocas veces con la madre estatal de tales multinacionales.

Las empresas multinacionales (o transnacionales, anacionales, etc.) constituyen por encima de todo una fenomenología económica y social y, por ende, política e internacional, en lo que lo de menos parece constituirlo la vertiente jurídica. ¿Es posible meter en vereda al mundo del «deber ser» cuando se descarta, ignora o margina la comprensión, con todos sus

presupuestos y consecuencias, del mundo del «ser», de lo que es?

El libro que aquí se reseña obtuvo el primer premio del concurso organizado por la editorial que lo publica sobre «El derecho de las empresas multinacionales en Latinoamérica. Problemas y sugerencias». Evidentemente, desde tal perspectiva es un libro lógico. Pero como suele ocurrir en todo lo normativo, excesivamente lógico para que tenga referencia a un mundo que se mueve y a unas empresas multinacionales que se mueven (y contorsionan). El primer premio se ha otorgado a un libro con fórmulas académicas, pero exento de operatividad. Uno se pregunta si podía desembocarse en algún tipo de solución viable. Si a ello añadimos que los sistemáticos razonamientos del autor parecen moverse confortablemente en un mundo de abstracciones, sin involucrar para nada el mundo del poder y de la fuerza, las conclusiones y la sentencia para el libro no pueden ser otras que las típicas del angelismo.

De los cinco capítulos de que consta, el primero trata de explicar en qué consiste la empresa multinacional; el segundo habla de sus estructuras organizativas; el tercero explica experiencias de Europa oc-

cidental y oriental, Asia y Africa. Los dos últimos se aplican a Latinoamérica, suponiendo poco menos de la mitad del libro. «El enfoque empleado en el estudio es el del Derecho económico, que, por sus características interdisciplinarias, constituye la única base posible para encarar el tema desde el punto de vista jurídico y obtener resultados significativos». Luego hará hincapié al «Derecho económico internacional», que casi casi vendría a ser absorbido por dichas empresas multinacionales. Dice que el «Derecho económico es el Derecho del desarrollo económico», fórmula ésta completamente discutible, a no ser que por «desarrollo» signifique algo muy *sui generis*. Ello lleva a justificar «el carácter eminentemente dinámico y fluido de sus categorías conceptuales». Curioso derecho el que se desplaza continuamente. No extrañe que llegue a su máxima y final conclusión: «El derecho de las empresas multinacionales será entonces el resultado de reglas no escritas, generadas en la afirmación de un interés común latinoamericano, nacido a su vez de principios, objetivos y necesidades comunes». Así sea. Por mi parte, el libro se ha hecho merecedor del premio a la asepsia en un tema muy contaminado.

T. M. V.

RAFAEL CASAS DE LA VEGA: *Teruel*. Luis de Caralt. Barcelona, 1973, 318 pp.

La bibliografía sobre la última guerra civil española fluye incesante, por no decir desbordante. Se presentan nuevos aspectos, especialmente sociológicos o testimoniales; se incorporan otros, antes impublicables; se revisan más, pero sobre todo se repiten demasiados. El autor de este *Teruel* ya publicó su libro en torno a Brunete, y sobre su modelo se monta esta otra batalla.

La metodología del autor es la de conjugar simultáneamente lo puramente bélico, muy bien logrado, con lo testimonial mediante la incorporación de diálogos intermitentes de los combatientes. La verdad es que a estas alturas esto resulta un tanto obvio. La mayor parte de las despotricaciones de estilo, comecuras o su antítesis, podrían reproducirse para cualquier frente de ba-

talla o para cualquier retaguardia entre 1936 y 1939. El «M'an dao, m'an dao. ¡Hijos de cura!» o el «Si se hunde el mundo, que se hunda; Navarra, siempre pa'lante» se dan con tanta profusión, que ocupan muchas páginas. Está bien para Gironella o para algo novelado; pero para un libro técnico son excesivos lugares comunes, pues son «testimonios» que podrían reproducirse por miles o decenas de miles al pie de la letra y por cientos de miles con mínimas variaciones.

Eso y la pormenorización de la batalla en sí hacen que lleguemos a las trescientas amplias páginas y tengamos que esperar la segunda entrega, cuando en su día en un *Teruel 2 o bis* el autor se decida a contarnos la contraofensiva de los nacionales, con la pérdida de Teruel por los republicanos, y quién sabe si tal vez lleguemos a enterarnos en el mismo libro que, como consecuencia final, Cataluña quedó cortada del resto de la República al dispararse los

nacionales hasta el Mediterráneo de Castellón.

Efectivamente, el libro cubre entre el 15 de diciembre de 1937 al 8 de enero de 1938. Veintiún croquis del cambiante dispositivo militar rubrican el detallismo del libro, es decir, a una media de croquis por día de batalla. La aportación del Archivo del Servicio Histórico Militar ha sido decisivo al respecto. Las fotografías que acompañan ilustran igualmente el realismo del choque. Una decena de apéndices refuerzan el texto. ¡Lástima que con el mismo espacio no se nos hubiera descrito la batalla completa! Hubiera supuesto cierto sacrificio de amputación (o de no incorporación) y cierta síntesis en alguna otra parte. El lector habría salido ganando y el escritor no habría perdido. Al decir esto no sólo hablo como recensionista, sino que también acudo en son de «sugerencia», como pide el autor, aunque se refiera a otro tipo de ella.

T. M. V.

JOAN ROBINSON: *Teoría del desarrollo (Aspectos críticos)*. Ediciones Martínez Roca, S. A. Barcelona, 1973, 320 pp. (Col. «Novocurso», 37).

Joan Robinson es de verdad *l'enfant terrible* de los economistas británicos. Nacida a principios de siglo, ha realizado toda su carrera prácticamente en Cambridge, en donde culminó su profesión de enseñante en 1965. Sus publicaciones remontan a principios de los treinta. Es una economista crecientemente contestataria, progresista, marxiana (más que marxista), respetada, atacada, reverenciada. Su seriedad está fuera de discusión y es consistente en su argumentación. No se preocupa de los ataques de que puede ser objeto. En todo caso ella impugna indis-

tintamente a tirios y troyanos, a ortodoxos y a marxistas petrificados en libros sagrados.

Su obra es bastante densa, y naturalmente también es dispersa si contamos esos granos de sal que suelen ser por lo general los breves ensayos fruto de colaboraciones como conferenciante, articulista, crítico, etc. La propia autora reunió en un primer volumen sus *Collected Economic Papers* (1951), publicados por esta misma colección «Novocurso»; ahora, con este volumen, y con un título más de choque, publica el segundo volumen, que

vio la luz en Inglaterra en 1960, advirtiéndonos que se nos ofrecerá aún un tercer volumen, lo cual es de aplaudir. Y lo que también puede indicarnos el buen eco que Joan Robinson debe haber encontrado en el público de habla castellana. Sin duda traducciones como las de Mireia Bofill tienen que contribuir en buen grado al éxito de un libro como éste, que requiere traducción literaria y estricta precisión simultáneamente.

Contiene la obra un total de 21 trabajos, siguiendo un orden más cronológico que temático. Si esto permite detectar mejor la propia evolución de la autora, no se ve demasiado claro por qué los ha distribuido en cuatro partes (sobre todo las dos primeras, las más amplias). La mayoría de los ensayos son teóricos, y una parte de ellos con una buena dosis de fórmulas matemáticas. Giran en torno al interés, empleo e inflación, competencias perfecta e imperfecta, depreciación, ahorro e inversión, etc. Aunque todos ellos están al alcance de un lector adelantado, el lector medio apreciará sobre todo los ensayos en torno a Marx, Marshall y Keynes, cuyas ideas y finalidades compara y contrasta. Son tres actitudes ante el sistema capitalista: Marx, o el socialismo revolucionario; Marshall, o la defensa complacida del capitalismo, y Keynes, o la defensa desilusionada del capitalismo. El primero trata de comprenderlo para destruirlo mejor y cuanto antes; el segundo lo presenta aceptablemente para hacerlo halagüeño; el tercero trata de salvarlo de sus adoradores incondicionales introduciendo las reformas necesarias. La autora es terriblemente desmitificadora de su propio gremio: «Las doctrinas económi-

cas siempre nos llegan en forma de propaganda. Ello es consecuencia de la propia naturaleza de la materia, y fingir lo contrario en nombre de la 'ciencia pura' equivale a rechazar los hechos de forma muy poco científica.» También sabe ser ecléctica: «Se ha discutido mucho si el aumento de precios se debe a que la demanda los 'arrastra' o a que los costes los 'empujan'. En mi opinión, este argumento es bastante irreal, puesto que ambos factores se interrelacionan.» Si Joan Robinson no es poseedora de fórmulas ni formulaciones mágicas, también es cierto que embate contra aquellos que se arrojan algunas frente a realidades más bien desoladoras. No está nada mal para una izquierdista la argumentación de su ponencia «Población y desarrollo». Los Josué de Castro no podrían acusarla de imperialista. Tras razonar sobre situaciones reales, concluye: «Pero sí alego que si alguien desea sostener que una población creciente contribuye al desarrollo, a él le toca demostrarlo, y creo que le resultará sumamente difícil.» Es lo que diría Dumont pensando en el mundo del subdesarrollo.

Haciendo hincapié en los elementos propagandísticos y científicos que alberga la teoría económica, llega a esta conclusión: «El estudio de la economía no tiene por objeto la adquisición de un conjunto de respuestas preparadas para los problemas económicos, sino aprender a no dejarse engañar por los economistas.» Toda una lección y... toda una puesta en guardia. No extrañe que Joan Robinson sea un caso insólito en el gremio.

T. M. V.

VICTOR S. MAMATEY y RADOMÍR LUZA (Ed.): *A History of the Czechoslovak Republic (1918-1948)*. Princeton, N. J., 1973, Princeton University Press, XI-534 pp.

Dos editores, dos nacionalidades y un solo libro, como si se tratase de una acción simbiótica, en la cual intervienen una serie de autores, también de distinta procedencia y convicciones políticas. Sin embargo, esta vez no se llega sino a un intento de simbiosis que no conduce a nada concreto: Mamatey (eslovaco), profesor en la Universidad de Georgia, y Luza (checo), de la Universidad de Tulane, ambas en Estados Unidos, ofrecen una voluminosa obra con autores eslovacos, checos y extranjeros, pero que no reúnen, al menos no todos y del todo, las condiciones de brindar al público occidental una exposición objetiva y libre de reminiscencias políticas, nacionales e ideológicas. Porque la Historia de Checoslovaquia es, inevitablemente, una historia en cuya plataforma brilla, desde el principio hasta el final, un enorme letrero: ¡Atención, Estado multinacional - peligro! Ese Estado «común» de checos y eslovacos resulta no ser ni de unos ni de otros.

El período de 1918 a 1938 es analizado y expuesto, con más o menos acierto, por Mamatey, Václav Benes, Bruegel, Pryor, Wandycz y Eurbank desde el punto de vista político, económico, político-internacional y multinacional. Se intenta sostener la tesis de que el famoso y desde diciembre de 1973 ya nulo Tratado de Munich, de 29-30 de septiembre de 1938, puso fin a la República de Checoslovaquia como consecuencia de la presión del Tercer Reich. A continuación se habla de la Segunda república, que duró desde el 6 de octubre hasta el 14 de marzo de 1939, en vez del 15 de marzo, puesto que Eslovaquia proclama su separación de Praga el 14, y al día siguiente, sólo el 15 de marzo,

las tropas del Reich alemán procedieron a la ocupación del resto de la antigua Checoslovaquia erigiendo a Bohemia-Moravia en un Protectorado. El 16 de marzo proclama su independencia también la Rutenia Subcarpática, hasta el 14 tercer miembro de la Segunda república como Federación checo-eslovaca. Dentro de esta parte, varios trabajos versan sobre la «ocupación, guerra y liberación» (1938-1945), pero contradictorios entre sí, sobre todo en relación con la existencia de la República Eslovaca (1939-1945), a cargo de Jörg K. Hoensch, profesor de la Universidad de Tübingen, cuya «investigación» fue patrocinada por el actual régimen comunista de Praga y Bratislava. La política de Eduard Benes y sus seguidores en el exilio londinense en pro de la restauración de Checoslovaquia, la destrucción de la República Eslovaca mediante un levantamiento parcial de 1944 o la reacción checa en Praga cuatro días antes de la rendición incondicional del Reich son aspectos que una vez aclaran, otra vez confunden los hechos.

Las tropas soviéticas restauraron a la antigua Checoslovaquia, aceptando un régimen «mixto» representado por las tendencias liberales «checoslovaquistas» de Benes y las fuerzas comunistas de Gottwald, hasta 1948. La expulsión de tres millones de sudetoalemanes constituye uno de los capítulos más negros en la ya varias veces interrumpida historia de la corta existencia de Checoslovaquia.

La cuestión de las nacionalidades en Checoslovaquia siempre movía los cimientos mismos de su creación y, sin embargo, entre la discriminación y hasta la expulsión de la minoría germana en virtud de los principios de justicia internacional se

convertiría en un hecho consumado aceptado, sin más, por la sociedad internacional de Estados. En 1938, Checoslovaquia se desintegró, en realidad, desde dentro; Alemania sólo aprovechó las circunstancias para asegurar sus fronteras orientales.

Se observan enjuiciamientos más objetivos en algún que otro caso en lo referente a la existencia eslovaca; a pesar de ello, el Occidente persiste en su idea sobre la nunca existente democracia checa como modelo en el Centro de Europa. La obra se basa en una copiosa bibliografía, sólo que algunas fuentes no fueron, siquiera, consultadas. Justificaciones intencionadas

no defienden, precisamente, la sustancia del problema, generalmente omitida por los autores y editores. Argüir que el libro de Hoensch: *Die Slowakei und Hillers Ostpolitik* es una obra objetiva significa tergiversar los hechos frente a Alemania y la propia URSS. En cambio, historiadores de un renombre internacional como son Kirschbaum, Mikus, etc., no figuran en ninguna relación con las exposiciones presentes. Esperábamos mucho más de una autoridad intelectual como lo es Victor S. Mamatey.

S. G.

HU PU-YU: *A Brief History of the Chinese National Revolutionary Forces*. Taipei, 1973. Chung Wu Publishing Co., China Printing, XIII-286 pp., más mapas.

La revolución china de Sun Yat-sen, de principios del presente siglo, encontró un continuador en Chiang, especialmente a partir de 1924, siendo la fundación de la Academia Militar uno de los factores más decisivos en el desarrollo de la vida del país.

Esta obra constituye una historia militar de aquellas fuerzas revolucionarias que más tarde figurarían en la literatura política bajo el nombre común de nacionalistas, estacionadas en el territorio de la República de China en la isla de Taiwán-Formosa.

Una de las ideas de Sun Yat-sen era la de modernizar a China mediante espíritu de orden y disciplina; la formación de los cuadros de mando se llevaría a cabo a través de la Academia Militar, a cuyo frente se encontraba Chiang Kai-shek. Sin embargo, los brotes de rebelión desde dentro y el peligro de una invasión japonesa, desde fuera, no permitieron que Chiang completara su obra en

la Academia. Se organizan las primeras expediciones hacia el Este del país, seguidas de las hacia el Norte, consiguiendo pacificar la gran parte de las zonas en rebelión hasta 1928.

A partir de 1934, la revolución nacional china pasa por una serie de campañas militares muy significativas, a pesar de las maniobras políticas de los comunistas de Mao. En la guerra contra el Japón, sobre todo durante la segunda guerra mundial, la lucha prosigue en todos los frentes con ayuda de los aliados estadounidenses, hasta que la última fase terminaría con un fracaso total frente a las fuerzas de Mao, conquistando el continente chino en 1949, cuando Chiang es obligado a retirarse con el resto de sus ejércitos a Formosa, donde emplaza la existencia de su república. Es entonces cuando los Estados Unidos dotan a Chiang del más moderno material bélico con el fin de neutralizar el peligro comunista de Mao en el Sureste asiático. Una vez establecidas las relaciones nor-

males entre Washington y Pekín, el papel de Taiwán se ha visto reducido a una simple función de observador en la zona.

La presente historia es, al mismo tiempo, una historia personal del general Chiang Kai-shek durante los últimos cincuenta años; a pesar del desastre global, la revolución nacional echó raíces profun-

das en el pueblo chino respecto a la nueva vía de la vida nacional en conservación de las libertades individuales y del significado de la independencia nacional. Por tanto, en su conjunto, la revolución china representa una huella positiva en la vida de todos los pueblos del Sudeste asiático.

S. G.

MICHAEL J. FRANCIS: *The Allende Victory: An Analysis of the 1970 Chilean Presidential Election*. Tucson, Arizona, 1973, The University of Arizona Press, 76 pp.

Las elecciones presidenciales de Chile en 1970 son consideradas como uno de los acontecimientos más importantes de los últimos años en el Subcontinente iberoamericano, puesto que sus repercusiones políticas habían sobrepasado las fronteras de un solo país. Allende ganó las elecciones, sólo que su línea política promarxista no le permitió que se afanzara en el poder al ejemplo de Fidel Castro en Cuba. Le faltaba un apoyo directo desde fuera, por estar rodeado el país de regímenes no marxistas.

En cualquier caso, las instituciones políticas del país desempeñaron una función neutralizadora de las acciones de Allende, aunque es posible afirmar que las repercusiones de la revolución chilena evidencian, una vez más, la existencia de un fenómeno político expresamente latinoamericano dentro de una amplia zona en plena transformación económica y social.

El autor observó la campaña electoral y el proceso de elecciones personalmente en el momento en que Chile se encontraba en excelentes condiciones de ingerir los elementos de la democracia formal. Precede a la situación creada por los resul-

tados de las elecciones un capítulo sobre la Administración Frei para fijarse el autor en los candidatos y la propia campaña electoral, a través de la cual se examina el papel de las fuerzas armadas, la contradicción entre la Constitución y la Política, completados esos aspectos con una exposición sobre los polos representados por la información y propaganda, violencia y política.

Junto a sus propias ideas, el profesor Francis incluye varios comentarios de los medios norteamericanos de difusión sobre dichas elecciones: de *The New York Times*, *The New Yorker*, *National Review*, *New Politics*, *Problems of Communism*, *The World Today*, *Foreign Affairs*, y otros. En líneas generales, la opinión de los distintos comentaristas es que las reformas del presidente Frei llevaban un signo positivo, aunque su orientación resultaría excesivamente ideológica de color cristiano-demócrata. Algunos observadores encuentran la victoria de Allende no como un triunfo de la izquierda, sino más bien como la derrota de la Democracia Cristiana como consecuencia de no lograr satisfacer las reivindicaciones ni de las derechas ni de las izquierdas. Frei fue inca-

#### NOTICIAS DE LIBROS

paz de buscar y encontrar esa «tercera vía» para el desarrollo económico y político del país que se llama «centro». La minoría de entre los comentaristas están de la opinión de que la victoria de Allende significaba la derrota del reformismo puramente democrático, hecho que volvería al

sistema del totalitarismo para lograr soluciones viables. A pesar de eso, la situación chilena necesita algún tiempo para que se puedan deducir conclusiones más exactas y proceder con más eficacia al saneamiento del país.

S. G.